

DEL INDIVIDUO SOBERANO AL INDIVIDUO PATÓGENO

LA REPRESENTACIÓN DEL ENFERMO Y LA ENFERMEDAD A TRAVÉS DE DOS ILUSTRACIONES VALENCIANAS DEL XIX

VICENTE PLA VIVAS

El marco de los tipos costumbristas a mediados del XIX

BIEN podría aplicarse, para perseguir el sentido del ingente proyecto de registro y tipificación de la sociedad delineado por el costumbrismo, la interpretación puesta en marcha por Roland Barthes para el gran repertorio, en este caso de artefactos, de las láminas de la Enciclopedia: "Es claro que la preeminencia del objeto en este mundo procede de una voluntad de inventario, pero el inventario no es nunca una idea neutra; inventariar no es solamente, como pareciera a primera vista, constatar sino también apropiarse. La *Enciclopedia* es un vasto balance de propiedad; ..., la propiedad depende esencialmente de una cierta división de las cosas: apropiarse es fragmentar el mundo, dividirlo en objetos finitos, sujetos al hombre en proporción misma de su discontinuidad: pues no se puede separar sin finalmente nombrar y clasificar, a partir de esto nace la propiedad".¹ El repertorio enciclopédico de los tipos generado por el costumbrismo, desde este punto de vista, sería un producto resultante de la confianza del hombre moderno en su capacidad de dominio y control, de sí mismo como especie y de su medio.

El entorno cuyo dominio evidencia directamente ese registro sistemático de tipos es el social. Pero en la praxis histórica, esa conciencia cultural de enseñoreamiento del medio humano fue paralela al sentimiento de creciente control sobre el entorno físico o natural, que comenzaba a ser explicado y reglamentado sistemática-

mente por leyes científicas y a ser vulnerable a la acción antrópica gracias a la creciente disponibilidad tecnológica.² Para los habitantes de Valencia en las décadas centrales del XIX, esto no era una especulación utópica, sino un conjunto de transformaciones bien tangibles. Primero fueron las del espacio urbano como el adoquinado de las calles desde 1843, el gas para iluminación desde 1844, el agua potable desde 1850. Luego, el ferrocarril conectó la ciudad con El Grao en 1852, pero en 1854 ya se extendió la línea hasta Játiva, en 1859 hasta Almansa y en 1862 con Sagunto y Castellón.³ La sensación de dominio desde la capital hacia su hinterland y su región culminaría con la apoteosis visual tras el derribo de las murallas desde 1865. La ciudad pasó de mantenerse a la defensiva frente a posibles tumultos del medio rural, a eliminar todas las barreras impuestas a su expansión y dominio del paisaje rural de su entorno.

Así, enmarcado este género del costumbrismo dentro de la histórica proclamación del dominio del individuo, la obsesión por catalogar a las personas por tipos deviene un signo de la voluntad de imponer el reconocimiento del ciudadano como depositario de la soberanía o poder social y de la tecnología o poder físico; una proclama a favor del nuevo sujeto del derecho social y natural; y una demostración de conocer bien a aquéllos a quienes se aspira a gobernar, en su propio nombre, a través del espacio político del estado y del geográfico del mundo. La sociedad volcada en la tarea de representarse, artística y políticamente,⁴ evidencia su ansia

¹ Roland Barthes, *Las láminas de la Enciclopedia*, en págs. 128-129 de *El grado cero de la escritura*.

² Michel Serres, en *El contrato natural*, nos recuerda que la *Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789, pretendió fundamentarse en el derecho natural y vino a prologar este dominio técnico del hombre sobre la naturaleza: "Monopolizada por la ciencia y el conjunto de las técnicas asociadas al derecho de propiedad, la razón humana ha vencido a la naturaleza exterior, en un combate que dura desde la prehistoria, pero que se acelerará de forma severa con la revolución industrial...", págs. 64-65.

³ El día de la inauguración de la línea de Valencia al Grao se repartieron hojas impresas con un himno de Salvador Estellés al ferrocarril. En cinco de las diez estrofas el tema dominante del poema no es la máquina poderosa ni la velocidad, sino la capacidad de penetración en el espacio rural y natural, siendo constantes y centrales las referencias paisajísticas: "De Valencia creuant la campiña / A la placha te'n vas á parar / (...) Mil hermoses que l'horta nos cria, / Mes boniques que rosa de Abril, / Li servixen de una doble via / Al carril, al carril, al carril. / (...) Dichós Turia que tens per corona / Al morir en la teua corrent, / Un convoy que Valencia te dona / Ple de chent, ple de chent, ple de chent. / (...) Carcaixent, Catarrocha y Alsira, / Y altres mil esperante están yá, / Y hasta el Chúquer murmulla y delira, / Cuànt vindrá, cuànt vindrá, cuànt vindrá".

⁴ Esta asociación resulta muy explícita en la aplicación del positivismo al análisis artístico que protagonizó Taine: "Llegamos pues a establecer la siguiente regla: Para comprender una obra de arte, un artista, un grupo de artistas, es preciso representarse, con la mayor exactitud posible,

de erigirse ella misma como única instancia legítima de las intervenciones del nuevo individuo soberano, armado científicamente, sobre los demás individuos y sobre el espacio físico, y también el deseo de hacerse reconocer como principio y fin primordiales del contrato y la acción social. Fue una apuesta por justificar toda interferencia sobre el medio humano y toda penetración en el natural en base a la inmanencia del propio interés público. Al aceptarse el axioma de que el fin último de la sociedad es su propia felicidad y conservación, se estaba depositando la dirección de la humanidad en la luz-guía del progreso material y moral, pero también se renunciaba al mundo ideal transcendente como principio regulador supremo. Ahora bien, así formulado este objetivo implícito en el proyecto de catalogación de los tipos tan genérico y capaz de autovalidarse, deja sin respuesta matices importantes como: ¿En qué aspectos mostró este costumbrismo de las décadas centrales del XIX su especificidad respecto al de la época precedente?,⁵ y ¿hacia qué fines exteriores a sí mismo apuntó este gran esquema de la ilustración costumbrista para dirigir sus efectos, suscitando, además, la expectación que mereció?

En la búsqueda de respuestas a la primera cuestión, la de la continuidad del costumbrismo respecto a su pasado inmediato, cabe recordar que la finalidad moralizante de la sátira y su utilización como instrumento de progreso proviene también del siglo XVIII. Jacinto Octavio Picón y Bouchet lanzó en 1877 su manifiesto en favor de la caricatura como terapia social progresista: "Creemos que la caricatura es susceptible de emplearse como instrumento de progreso; el epigrama dibujado puede tanto y para algunos más que el escrito; y que si bien, como D'Alambert decía, no debe abusarse de él como medio visual de combatir instituciones y hombres, puede emplearse como antídoto contra el venenoso influjo de lo malo y de lo feo. (...) La risa que provoca el aspecto de lo innoble y lo feo es un homenaje tributado á lo grande y lo bello".⁶ En estas palabras no se puede detectar ninguna intención moralizante que no estuviera ya en Hogarth, quien se dedicó a series de grabados con títulos como *La carrera de una prostituta*, *La carrera del libertino* o *la calle de la cerveza y el callejón de la ginebra*.⁷ Tampoco la noción de progreso moral tenía nada de nuevo desde la Revolución Francesa. Daniel Arasse recoge sustanciosos textos del periodo de la Convención en que se vincula la mejora en el estado de la nación con la drástica tarea higienizante

y quirúrgica para extirpar de la sociedad los elementos nocivos y contaminantes. Uno de estos fragmentos ejemplares proviene del libro del jacobino Camille Desmoulins *Histoire secrète de la Révolution*: "La representación nacional se depura cada año (...) Sin duda, el cuarto escrutinio depurativo dará una mayoría permanente e invariable en la Asamblea a los amigos de la libertad y la igualdad (...) El vicio estaba en la sangre. La depuración por salida del veneno con la emigración de Dumouriez y sus tenientes, ya ha salvado en buena parte el cuerpo político; y las amputaciones del Tribunal revolucionario (...) al arrojar a los Girondinos fuera del seno de la Convención acabarán por darle una Constitución".⁸ En España tenemos una muestra reveladora sobre este tema. Se trata del *Diccionario crítico-burlesco* de Bartolomé José Gallardo.⁹ En esta obra, precisamente en la voz "Fanatismo", y criticando el religioso y el de los revolucionarios franceses, Gallardo aboga por un estricto sistema higiénico para erradicar las enfermedades del cuerpo social: "... los inspectores de salud-pública deben velar diligentes contra el fanatismo de cualquiera especie; para, luego que apunte el menor germen de infección, ahogarle ántes que se desarrolle; porque desarrollado, no hai fuerza que sea poderosa á atajar su furia". El libro de Gallardo fue enlace activo entre el concepto jacobino de salud pública (vinculación directa y necesaria entre higiene y política) y el periodo de las revoluciones burguesas en España.

El género costumbrista estuvo, sin duda, en deuda con la tradición moralizante de la caricatura y con la fe revolucionaria en los procedimientos depurativos para mantener la "salud pública", aunque aplicando medios mucho menos cruentos que ésta última. La función tradicional de ejercer como mecanismos correctores de la moral es la asignada al género en su vertiente literaria por Enrique Rubio Cremades y M^a Ángeles Ayala: "La consabida lección moral llevará implícita la sátira y, por ende, el defecto o el vicio al uso protagonizará, en no pocas ocasiones, las páginas costumbristas. De ahí que el variopinto escenario costumbrista con sus multiformes tipos y escenarios sea el envés de las buenas costumbres, desfilando los defectos de nuestra sociedad pretérita. Es, en definitiva, el papel de corrector el que protagoniza el escritor costumbrista, como si al ofrecer un retrato tomado del original el lector pudiera reflejarse en él y ver, como si de un espejo se tratara, su propia caricatura o reflejo".¹⁰ Pero esta síntesis olvi-

el estado de las costumbres y el estado del espíritu de un país y del momento en que el artista produce sus obras". *Filosofía del Arte*. Edición española de 1968, pág. 19. Los términos de "costumbre" y "ley" se reencuentran constantemente a partir de su común etimología latina. El mismo Taine nos regala con otro nexo directo entre el ámbito del arte-costumbre-ley y el del medio físico-geográfico en la pág. 20 de la misma obra: "Pero, ¿qué es la zona sino cierta temperatura, tal grado de calor y de humedad, en una palabra, cierto número de circunstancias ambientes análogas en su género a lo que llamábamos hace poco el estado general del espíritu y de las costumbres?"

⁵ Hay que recordar que el primer repertorio de tipos españoles como género autónomo es del siglo XVIII. Se trata de la *Colección de trages de España* del grabador Juan de la Cruz Cano y Holmedilla, publicada en 1777, acorde a la moda que cundía por entonces en diversos países europeos.

⁶ En pág. 11 de *Apuntes para la Historia de la Caricatura*. Madrid, 1877.

⁷ Esta línea de inconfundible temática moralizante fue continuada por George Cruikshank en *La botella* y *Los hijos de la borracha*. Estos títulos tan rotundos pervivirían en las Aleluyas o Aucas publicadas en España en el XIX, que desarrollan historias sobre títulos tan maniqueos como *Vida del hombre obrando bien y obrando mal* o *Vida de la mujer buena y la mujer mala*.

⁸ En Daniel Arasse, *La guillotina y la figuración del terror*, pág. 77.

⁹ La primera edición de la obra data de 1811, pero hubo otras que atestiguan el interés hacia ella y su vigencia en el periodo estudiado. En España fue reeditada en 1812 (4 veces), 1820, 1821, 1822, 1823, 1835, 1838 (2 veces) y 1843.

¹⁰ En pág. 46 de *Antología costumbrista*.

da que también en este aspecto se evidenciaron diferencias insalvables entre el costumbrismo del XIX respecto al del siglo anterior: los tipos, que aparecen frecuentemente como valores intrínsecamente negativos, no nos remiten a su contrario en positivo, pasando por el filtro o eje de inversión de la moral cristiana tradicional o la redención revolucionaria. Es decir, denuncian actitudes perjudiciales de elementos dañinos para la sociedad, pero no para reafirmar ningún sistema de referencia moral rígido y estable, ni siquiera para corregirlas. En ocasiones la crítica es tan superficial o humorística que no comporta una condenación inapelable de los personajes expuestos, pues, más que a eliminarlos o cambiarlos, los artistas aspiran a señalarlos para que seamos precavidos ante ellos.¹¹

José María Bonilla ofrece orientaciones sobre la segunda cuestión planteada, la de los fines específicos a los cuales apuntó esta forma de representación, escribiendo en *El Cisne*: "... hay caras tan amenazando ruina, que para mí son la señal de no acercarme á ellas, así como en las obras ó demolición de casas, acostumbran poner los albañiles una cruz formada de dos pedazos de madera, colgando al público de una cuerda, que quiere decir, peligro de recibir un ladrillo en la mollera, y me aparto de semejantes fisonomías, como de la cruz de los albañiles".¹² El periodista republicano Ricardo García Cañas, redactor de *El Tío Garrote* avisaba también sobre la peligrosidad para la salud de algunas personas patógenas, comparándolas con la epidemia más mortífera de la época, en su artículo "Los primos": "Llámanse también *primos*, y no de sangre, aquellos que siempre andan á caza de gangas y se creen con derecho á pedir á todo el mundo, y á todos con el deber de acceder á sus peticiones.

"Estos son unos *primos* de mal género, de los que debemos apartarnos, guardándonos de ellos como del cólera morbo".¹³ Bonilla ya había suministrado un ejemplo anterior de metáfora del enemigo como agente insalubre en *El Mole*: "... chent de pandilla, y de germania, y de patriotisme sem, y de entusiasme de tersiana, ...".¹⁴

El respeto hacia la libertad del individuo, sobre todo del burgués, y el descreimiento respecto a la redención espiritual son tan escrupulosos que no se atreve el costumbrismo a proponer normas punitivas tajantes como las jacobinas, ni espera incitar el arrepentimiento de los criticados para que tomen los caminos correctos. El siglo del vapor se mostró más escéptico y condescendiente en este sentido que el siglo de las luces, quizá a

causa de las terribles experiencias históricas de persecuciones, exilios y represiones masivas tras las primeras décadas del XIX. Si hay una dirección hacia la cual confluyen estas líneas de sentido, porque recoge tanto los deseos de intervención en la moral pública como la esperanza en el progreso material, ésta sería la de uno de los conceptos más recurridos y desarrollados en el periodo de nuestro estudio: la higiene pública.¹⁵

La vigencia del ideal higienista en la Valencia del periodo

La actitud de Bonilla y de los creadores literarios y gráficos de las descripciones y análisis de tipos es higiénica, pues el objetivo último de estas observaciones de superficies ajenas será la prevención manteniendo las distancias respecto al agente patógeno. Si echamos una ojeada a la literatura médica del periodo estudiado, nos encontramos con las mismas estrategias propuestas para hacer frente a una de las terribles epidemias: el cólera, que periódicamente hacía tambalearse la fe en el progreso al plantear aquél desafíos ante los cuales éste se mostraba incapaz. Precisamente fue en la sección "Valencia en progreso" del *Calendario profético para 1855*, pág. 139: "... a la hora en que escribimos, el cólera-morbo no ha salido de su periodo de incubacion; merced á las sábias y enérgicas disposiciones adoptadas, y el celo incansable de dichas corporaciones [filantrópicas], autoridades y asociaciones, y del vecindario en jeneral, y merced á las mismas se confía que el azote no se hará sentir con tanta crueldad como en las provincias vecinas. Pero si nuestras esperanzas quedasen defraudadas, si Dios en sus altos juicios agravase el peso que amenaza abrumarnos; no por eso quedaria rebajado un ápice el relevante mérito y el heroísmo que ..., brilla esplendente y consolador á un tiempo, y habla mas alto en elojio de Valencia que en desdoro de ella...".¹⁶ Lo que se temía llegó y, como de costumbre, las medidas científicas e institucionales resultaron ineficaces. Y la situación se repitió. En 1865 ni siquiera los esperanzadores horizontes expansivos del progreso simbolizados en el derribo de las murallas de Valencia pudieron contener nuevas epidemias. Una negra coincidencia hizo que en julio de 1865, unos meses después de comenzar el derrocamiento que hipotéticamente habría de mejorar la higiene urbana, facilitando la ventilación de la ciudad y diluyendo las perniciosas miasmas, volviera a declararse otro brote colérico, precedi-

¹¹ Cabe insistir en las diferencias respecto a la sátira tradicional, a pesar de que estudiosos como José Luis Rodríguez de la Flor insistan en su vinculación al pasado, sin llegar a discernir en la del s. XIX una esencia diferente: "Tanto Larra como Lafuente son rigurosamente clasicistas, siguen las reglas de Horacio en cuanto a la limitación del discurso satírico a una crítica con propósito de corrección de las costumbres..." en pág. 21 de *Un siglo de poesía satírico-burlesca periodística*. La mentalidad higienizante no aspira a cambiar las esencias de los agentes lesivos, sino a neutralizarlos.

¹² En el artículo "Fisonomías", nº 4 de *El Cisne*, marzo 1840.

¹³ En *El Tío Garrote*, nº 18. Valencia, 17 de mayo de 1866.

¹⁴ En el nº 1 de *El Mole*. Valencia, 11 de agosto de 1837. Con el nombre *tersiana* (terciana) se designaba a una variedad de tifus caracterizada por accesos febriles intermitentes cada tres días.

¹⁵ Explícita resulta la relación entre progreso e higiene en la sección "Valencia en progreso" del *Calendario profético para el Reino de Valencia 1851*: "Una de las altas é interesantísimas mejoras de que ha sido dotada Valencia, mejora que duplica el valor de su morada, es la de las aguas potables. El nombre del señor Liñan no se pronunciará jamás sin un recuerdo de gratitud y bendición en su ciudad natal, donde la calidad insalubre de las aguas había aclimatado un jérmén morbosos, cuyos síntomas vemos desaparecer, gracias á la nueva apertura de fuentes públicas". Pág. 98.

¹⁶ En la pág. 139 del *Calendario profético para 1855*.

do de una grave crisis sedera y mercantil.¹⁷ El progreso mostraba sus limitaciones al tiempo que exhibía sus consecuciones. Fue el signo de una época.

Volviendo una década atrás, en 1855 se había publicado en Valencia una memoria sobre el último, hasta entonces, grave episodio de la enfermedad ocurrido el año anterior que ocasionó unas dos mil víctimas mortales reconocidas oficialmente.¹⁸ En ella, los médicos de la Junta Municipal de Sanidad, preocupados por encontrar remedios para paliar sus estragos, procedieron racionalmente, como era tradicional, recomendando el aislamiento de los afectados. A falta de una explicación microbiológica, inexistente hasta que Koch identificara en 1884 el vibrión colérico, llamado entonces el bacilo coma, las causas a las que se atribuía el mal eran las miasmas; es decir, las concentraciones en el ambiente de efluvios insalubres dañinos producidos por causas desconocidas.¹⁹ Este concepto se mantuvo vigente en el pensamiento sanitario desde Thomas Sydenham, padre del higienismo, quien distinguía entre las enfermedades estacionarias, producidas por alteraciones en las entrañas de la tierra, y las epidemias, producto de las alteraciones atmosféricas.²⁰ El hecho de que predominaran estas explicaciones atmosféricas a mediados del XIX denota también esa preferencia cultural por los fenómenos de superficie comentada más arriba tan característica de la época.

Los médicos designados por la Junta Municipal de Sanidad para la redacción de este informe fueron dos importantes figuras del Instituto Médico Valenciano: Joaquín Casañ y Rigla, también concejal de sanidad de Valencia, y Juan Bautista Peset y Vidal, por entonces vocal de la Junta. Ambos tuvieron a lo largo de toda su vida profesional un intenso, y en ocasiones heroico, contacto con las epidemias que asolaron la ciudad. Pues bien, estos médicos consideran, con muchos reparos y recurriendo a eufemismos, a los propios afectados como fuentes de reproducción de esos miasmas: “Los miasmas ó principios causantes de ciertos males han de germinar para perpetuarse, ó de lo contrario se estin-

guen por sí mismos dentro de cierto período. Su vivificación no puede hacerse de otra manera, que por el intermedio, y durante el curso de la enfermedad misma que producen. Luego si se destruye ó rebaja ésta, se debilita ó impide también completamente la reproducción de aquellos, porque se quitan entonces los elementos necesarios para que existan”.²¹

Pero los reparos desaparecerán con motivo de dos brotes epidémicos posteriores. En el primero de ellos la comisión del Instituto Médico Valenciano que inspeccionó los primeros casos de cólera en julio de 1860 “defendía ... una teoría contagionista para el origen del cólera, debido no a un contacto directo con un colérico sino a los miasmas o efluvios desprendidos del cuerpo del enfermo a través de sus vómitos, heces diarreicas, sudores, etc. que eran respirados por quienes los rodeaban,...”.²² El segundo caso sucedió en 1870 cuando Juan Bautista Peset redactó uno de sus informes sobre la epidemia de fiebre amarilla: “Además, cada enfermo contagiado es un manantial perpetuo de vapores, que no sólo producen la desolación entre los asistentes y personas mas queridas, sino que retornan al mismo que las engendró, para contribuir a su destrucción”.²³ Así de claramente se determina al individuo enfermo como parte de la enfermedad misma, y se incorpora al análisis del sujeto de la época ese concepto tan particular de higiene física y moral, al considerarlo no sólo paciente, sino también agente de la enfermedad. El observador habrá de sacar conclusiones de sus operaciones y presentar sus esquemas de tipos en muchas ocasiones más que como un paisaje humano pintoresco, como un prospecto que indique a las claras a cuáles de ellos conviene acercarse y de cuáles alejarse para mantener la salud social de su público. Así lo había intuido José María Bonilla y así lo proclamó Luis Fabra y Cavero cuando hablaba de su personaje Benito, un *flâneur* definido como: “Hijo de una sociedad civilizada, unas veces la contempla a través de un prisma risueño y seductor, al par que otras la descubre velada por densos y lúgubres celajes.

¹⁷ Más enlaces directos entre higiene y progreso: la crisis sedera fue acelerada por la pebrina, una enfermedad infecciosa que afectó a los gusanos de seda. Por otra parte, los historiadores cifran como uno de los factores que hicieron conveniente acometer de inmediato el derribo de las murallas de Valencia (pese a la oposición por intereses defensivos y de jurisdicción de solares de la Capitanía General) la necesidad de emplear en obras públicas a los cientos de trabajadores de la seda que habían quedado desocupados. Había que evitar a toda costa altercados sociales, en lo que José Antonio Piqueras y Enric Sebastià consideran la *hausmannización de Valencia* promovida por Cirilo Amorós, quien sabía muy bien que “Con las calles angostas se va la lucha de barricadas y, con ésta, la manifestación urbana –y romántica– de la lucha de clases en una sociedad que está cambiando más allá de lo que puede percibir ..., por ahora”. En pág. 172 de *Agiotistas, negreros y partisanos*.

¹⁸ Poco después de acabarse la redacción de este informe, se volvería a declarar el cólera en Valencia, en julio de 1855, de forma más cruenta todavía. En esta ocasión las cifras oficiales de muertos ascendieron a más de 5.000.

¹⁹ En la pág. 70 de esta Memoria se dice sobre la etiología de la enfermedad: “Es pues muy probable que su causa [del cólera] sea un miasma, una emanación, un principio sumamente sutil, formado la vez primera por la corrupción en las lagunas de restos organizados, reproducido después por los mismos males que ocasiona, y absorbido siempre por las personas con el intermedio del aire ambiente, ó de otro mecanismo que tampoco se conoce todavía”. En *El cólera morbo asiático en la ciudad de Valencia. Año 1854. Memoria de la Junta Municipal de Sanidad de la misma*. Estamos en los presupuestos teóricos de François Vincent Raspail, un químico que escribió en 1843 una obra de divulgación médica muy reeditada y publicada en español en 1852: el *Manual anuario para la salud*. En él declara: “Estos accidentes, escollos de nuestra salud y de la vida, á que llamamos causas de nuestras enfermedades, pueden clasificarse en los nueve grupos generales siguientes:

“1º La falta ó impureza del aire que respiramos; es decir, la asfixia en primero ó último grado, y el envenenamiento miasmático. La menor alteración en la constitución atmosférica, en cuyo seno estamos condenados á vivir, se muestra por una turbación en nuestras funciones, y puede llegar á ser el germen de nuestras enfermedades”. En pág. 15.

²⁰ Lo explica Luis Urteaga en “Miseria, miasmas y microbios. Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el s. XIX”. En el nº 29 de *Geocrítica*. Septiembre, 1980.

²¹ En *El cólera morbo asiático...*, pág. 77.

²² “La higiene pública municipal en Valencia durante la epidemia de cólera de 1860”, por María Ángeles Irlés Rocamora y María José Báguena Cervellera. En pág. 143 de *Salut i malaltia en els municipis valencians*, a cargo de Josep Lluís Barona y Joan Antoni Micó.

²³ En “Campamentos contra la fiebre amarilla”, pág. 357 del volumen 11 de *Boletín del Instituto Médico Valenciano*.

"Y segun se la representa, así ve en los individuos que la componen, ó entes despreciables sujetos á un inmutable fatalismo ó seres inteligentes sin mas ley que su capricho".²⁴

La higiene pública fue uno de los ideales que en el siglo XIX más intensamente se imbricaron con el de progreso y al que más frecuentemente se recurrió a la hora de justificar la acometida de cualquier reforma. El higienismo, como conjunto de prácticas sociales e individuales consideradas como saludables, se desarrolló mucho más allá del campo de la medicina para extenderse también al de la legislación, el urbanismo, las obras públicas, la creación literaria y artística o la economía política, impregnando un largo periodo desde finales del siglo XVIII hasta las primeras décadas del XX.²⁵ Desde su acepción más directa como medio para conseguir mejoras en la salud pública erradicando las epidemias, el higienismo se traspuso asimismo como objetivo o finalidad esencial de la actividad humana en general y como aglutinante de los esfuerzos sociales, debido a su efectividad para formar estados de opinión de amplio consenso. En efecto, la salud pública ha sido lugar de paso indispensable para alcanzar ese mítico lugar común, surgido también de la mano del progreso, que se dio en llamar la *felicidad material*; si bien se discuten sus métodos, su fin último se mantiene intacto e incuestionado.

Este omnipresente ideal impregnó todas las formas de la actividad social en mayor o menor medida, sirviendo de criterio homogeneizador entre actividades en principio independientes y dio una finalidad última coherente al afán de catalogación de lo cotidiano. Un ejemplo de la permeabilidad de actividades a priori ajenas al costumbrismo pintoresquista respecto a la tipificación de lo social y, viceversa, a la utilización de los tipos como recurso para una finalidad higienista nos lo

ofrece una Real Orden del 9 de septiembre de 1853: "El desaseo más completo, la falta de ventilación que engendra la putridez y conserva un foco permanente de infección dentro y fuera de las habitaciones; la aglomeración tan nociva de muchas personas en un local estrecho y malsano; la lóbreguez y las miasmas más deletéreas forman la corrompida atmósfera de la mayor parte de las casas en las que viven el bracero, el operario, el desvalido cesante o la mísera viuda rodeada de tiernos niños en triste orfandad".²⁶ De este decreto destacaríamos su capacidad, esencialmente literaria, para imbricar el caos biológico productor de las enfermedades con el caos social, recurriendo a una enumeración de tipos mezclados promiscuamente en el ambiente de miseria vital y convertidos por el legislador en recurso folletinesco encaminado a reforzar el argumento sanitario, sin menoscabo de su potente pretensión de realismo. Esta ley, que intenta fomentar la construcción de barrios obreros fuera de los centros urbanos, en clara tendencia segregacionista frente a la tradicional diversidad social en las ciudades, enfatiza interesadamente esta "necesidad" acudiendo a criterios higienistas y de paternalismo hacia grupos sociales desfavorecidos.²⁷

La puesta en escena de la enfermedad

Dos ilustraciones valencianas de la época nos remiten de forma explícita al paradigma higienista. En ambas el tema son enfermedades letales, pero derivan hacia aspectos bien distintos. La de la fig. 1 data de 1855 y formaba parte de la publicidad de una medicina contra el paludismo, un "Remedio especial para la curación de las tercianas" consistente en "píldoras especiales para la curación radical de las tercianas y cuartanas" que se vendía en la farmacia de Domingo Capafons.²⁸

²⁴ En "Los ensueños de Benito", pág. 43 del nº 6 de *El Museo Literario*. Valencia, 3 de enero de 1864.

²⁵ En su artículo, Luis Urteaga lo definía así: "El higienismo es una corriente de pensamiento desarrollada desde finales del siglo XVIII, animada principalmente por médicos. Partiendo de la consideración de la gran influencia del entorno ambiental y del medio social en el desarrollo de las enfermedades, los higienistas critican la falta de salubridad en las ciudades industriales, así como las condiciones de vida y trabajo de los empleados fabriles, proponiendo diversas medidas de tipo higiénico-social, que pueden contribuir a la mejora de la salud y las condiciones de existencia de la población. La raíz del pensamiento higienista está en el impacto que produce en los espíritus europeos el proceso de la revolución industrial; su desarrollo debe inscribirse en la historia (o la prehistoria) de las ciencias sociales modernas, es decir, de cualquier reflexión sobre lo social, que trate de explicar los desajustes y conflictos provocados por los nuevos fenómenos que genera la industrialización". Aunque aceptamos los rasgos esenciales de esta definición, no se puede demostrar que exista esa estrecha vinculación entre higienismo e industria moderna en el caso de Valencia, donde predominaban por aquel entonces industrias tradicionales, ni que fuera dirigido principalmente hacia la clase obrera. En realidad, los estudios de topografías médicas fueron motivados porque ninguna clase social estaba, en principio, a salvo de estas epidemias. La Memoria sobre el cólera de 1854 sólo pudo determinar que, en una ciudad donde no existía aún una tajante segregación social por barrios, sino por alturas de viviendas, "... en su desarrollo se hallan siempre en primer término en el orden de frecuencia los cuartos bajos destinados en esta población para vivienda de los pobres" y se establecía como uno de los factores que favorecía su desarrollo "el hacinamiento de muchas personas aunque sean sanas en un reducido aposento". Sin embargo, se reconoce también que las clases más favorecidas se libraban en mayor medida de la epidemia por marcharse de la ciudad cuando se conocían los primeros casos en lugares próximos a ella; pero este comportamiento que los médicos y las autoridades reprueban (pues el cierre de sus negocios contribuye a la pobreza y el agravamiento de los males de la población restante) no era una novedad de la sociedad industrial, pues lo vemos en *El Decamerón*.

²⁶ Real Orden del 9 de septiembre de 1853 citada en la obra de Analet Pons y Justo Serna *La ciudad extensa*, pág. 111.

²⁷ Esta es la interpretación que realizan Analet Pons y Justo Serna cuando analizan el proyecto de reforma urbana de Valencia presentado por Antonino Sancho: "... el plan propuesto en 1855 por Antonino Sancho proyectaba descongestionar la parte de la ciudad en donde se concentraban los principales barrios obreros (barrio de pescadores y sedero). No se piense con ello que Sancho adoptaba un principio de tipo higienista en favor de las clases trabajadoras. Antes bien, utilizaba dicho recurso doctrinal para justificar la expulsión o segregación de estas capas sociales. Se trataba de crear un nuevo anillo urbano mediante su cierre con una 'ligera tapia' que se trazaría paralela a la muralla". En la pág. 113 de *La ciudad extensa*.

²⁸ La publicidad se insertó en la página 129 del *Calendario profético para 1856*. El texto completo del anuncio decía: "Este medicamento, cuya reputación está basada sobre una larga experiencia, no ha faltado nunca en cuantos casos se le ha propinado, y se puede asegurar, sin temor de equivocarse, la completa desaparición del mal con su uso.



Fig. 1. Remedio especial para la curación de las tercianas en *Calendario profético*.

En la xilografía se escenifica un interior doméstico burgués habitado por el enfermo, su mujer, su hijo y su médico y aderezado por un mobiliario consistente en cómoda, altarcillo portátil, un cuadro, cama, cortinajes y una cruz, más la bañera del primer término. El orden de los objetos corresponde al orden esquemático de los personajes cuya actitud se convierte en representativa de sus roles bien ejercidos: el joven sentado a la izquierda lee un libro;²⁹ la mujer vestida con manteleta lleva atentamente una bandeja con alimento líquido al enfermo encamado, quien, sonriente, tiende su mano al médico con levita de faldones para que éste le tome el pulso. El grabado, de profundo predominio lineal que delimita las figuras y objetos con rotundidad y diseña una semioscuridad creciente de izquierda (el joven sano) hacia derecha (el enfermo), pone en funcionamiento dos esquemas significativos simultáneamente.

El primero sería el de la enfermedad como proceso biológico y las atenciones asociadas a ella para su adecuado tratamiento. En él encontramos la bañera junto a la cama para los baños fríos que han de bajar la fiebre; el alimento líquido para evitar la deshidratación y el médico para controlar el pulso. Pero, conviviendo con este tratado médico visual, se dispone también el trata-

do del orden moral que debe acompañar al padecimiento y curación del buen enfermo como individuo que mantiene y ejerce su soberanía frente a la enfermedad. Los elementos que estructuran este tratado serían el hijo velando al padre y leyendo un tomo de tapas rígidas y negras como correspondería a una lectura “edificante e instructiva”;³⁰ los pequeños accesorios de culto de una religiosidad privada y burguesa; y los signos denotativos de cultura, con los elementos de escritorio sobre la cómoda. Todos ellos crean el fondo escénico adecuado para reforzar la dulce gestualidad de las figuras mediante un entorno estructurado y controlado y para dotar a la composición de una atmósfera de ordenada placidez. No hay drama, todo induce a la superación de la enfermedad de tal modo que, para presentar este exvoto de la curación, el dibujante puede prescindir de las píldoras objeto del anuncio, cuya ausencia visual queda perfectamente complementada por el texto que trata sobre ellas. No hay redundancia entre la información gráfica y la verbal; sino creación entre ambas de un espacio común de sentido, aportando cada discurso sus significados propios en una conjunción económica, sin las yuxtaposiciones ni reiteraciones tan habituales en el género publicitario posterior. Ambos

²⁹ Las *intermitentes* que tanto han afligido hasta ahora, y siguen afligiendo a la humanidad, particularmente en esta provincia, son combatidas hoy con tanta facilidad como buen éxito con el específico que, llevando el nombre de *Píldoras especiales para la curación radical de las tercianas y cuartanas*, se vende en la botica de D. Domingo Capafons, plaza de Cajeros, núm. 65, en donde hay un prospecto que prevé todos los casos, y sirve de guía al paciente en su penosa enfermedad”.

³⁰ Llama la atención la representación del libro abierto y visto desde el frente en contraposición al niño de perfil. La claridad esquemática sacrifica la verosimilitud perspectiva.

³¹ En ningún caso se puede demostrar que sea esa la obra, pero la lectura más recomendada para los jóvenes de las familias burguesas valencianas era la traducción de *Las aventuras de Telémaco. Seguidas de Aristonoo* de Fénelon, que publicó el editor valenciano Casiano Mariana en 1843. Este libro quedaría muy apropiado al grabado por el significado moral de los personajes legendarios. El hijo fiel que espera el regreso de su padre de la enfermedad como Telémaco el de Ulises. Además, Anacleto Pons y Justo Serna aseguran que este manual de educación moral que enseñaba a la juventud a controlar sus pasiones era “una de las obras literarias más frecuentes entre las bibliotecas de las élites valencianas”, en pág. 187 de *La ciudad extensa*.

lenguajes se imbrican tan higiénica y eficazmente como los órdenes fisiológico y moral.³¹

Pero en 1870 esta confianza en el poder soberano del individuo sobre su enfermedad se ha desvanecido, una vez más, como ante las epidemias coléricas. Valencia conoció la primera epidemia de otra forma de paludismo más mortífera: la fiebre amarilla. Los primeros casos de la enfermedad se detectaron el 15 de septiembre en el Grao, en dos marineros de la tripulación de un barco procedente de Barcelona, ciudad donde se había manifestado el mal el día 5 del mismo mes.³² El desconcierto consiguiente fue considerable, pues se había creído que Valencia estaba inmunizada por sus condiciones ambientales frente a una epidemia que se conocía en España desde el siglo xviii y que había atacado con dureza a casi todas las ciudades importantes del litoral mediterráneo desde Cádiz a Barcelona.³³ El tópico ambientalista, además de adaptarse muy bien al espíritu positivista más moderno, resultaba halagüeño, cómodo y de sobra conocido por los valencianos desde la obra de Vicente Ignacio Franco *El carácter del genio valenciano*: "... podemos decir, que la bondad del clima y temperamento del Reyno de Valencia hacen á sus naturales corpulentos, bien parecidos, activos, valientes, fuertes de corazon, generosos, coléricos y vengativos; efectos indispensables de la disposicion del cuerpo, de las qualidades del ánimo, y de la inclinacion de las costumbres".³⁴ Ese ambientalismo había cumplido muy bien como aglutinante de explicaciones fisonómicas, caracterológicas y costumbristas, pero se desmoronó ante la evidencia de las primeras víctimas. Las autoridades municipales y el gobernador civil no creían suficiente el control del tráfico marítimo desde Barcelona y solicitaron al Gobierno el establecimiento de cordones sanitarios para las comunicaciones terrestres. La solicitud era denegada desde Madrid, aduciendo que, según la ley de Sanidad de 1855, ni los ayuntamientos ni los gobiernos civiles tenían potestad para ello.³⁵ La prensa valenciana manifestó el descontento ante lo que se consideraba como una imposición del centralismo y abogó por los cordones sanitarios terrestres, que fueron impuestos de *facto* por parte de las autoridades locales y ante la vista gorda del gobernador,

quien, en sus informes oficiales, negaba la existencia del tífus icterode. La desorientación aumentó cuando Peset y otros médicos valencianos denunciaron la ineficacia de unos cordones sanitarios improvisados y muy poco rigurosos, y abogaron no por incomunicar a los habitantes de la ciudad, sino por establecer a los enfermos en unos barracones o cabañas con paredes de ramajes para permitir su ventilación, ya que, según los facultativos: "... se puede deducir, de acuerdo con la razon y la esperiencia, que la fiebre amarilla encuentra su mejor antídoto en el aire libre;...".³⁶ Otra vez se recurría a la explicación miasmática de la enfermedad, y se confiaba en que el aire disolvería esas concentraciones dañinas.

Para cualquiera que estuviera viviendo esta angustiosa situación, la litografía de Ignacio Rizo titulada *Cordón sanitario* (fig. 2) para el nº 1 de *Bertoldo* resumía muy bien la ansiedad y desconcierto ante unas medidas desesperadas y contradictorias en pleno ataque de la epidemia. Rizo, quien tenía conocimientos técnicos de litografía³⁷ pero no demostró una formación académica como dibujante, dispuso, con un estilo expresivo, suelto y "sucio", una escena exterior, al borde de uno de los caminos de acceso a Valencia, con dos mujeres a la izquierda, un decrepito burgués en el centro y tres tipos populares, dos de ellos armados con trabucos, a la derecha haciéndose cargo del control. El esquema está servido: los personajes, agrupados y aislados según su categoría, no se mezclan, manteniendo la división en tres espacios visuales y taxonómicos, mientras sus intensas sombras los delimitan aún más. Sin embargo, dentro de los grupos, dos de los cuales se ramifican en otros esquemas diferenciadores de rango social o actitud, reina una terrible incertidumbre: una de las mujeres, vestida con miriñaque como una dama de la ciudad, se tapa la cara con su sombrilla mientras la otra, que podría ser su criada, mira asustada hacia su frente.³⁸ El personaje central parece más muerto que vivo. Por su parte, los tres tipos populares se comportan de manera demasiado desorganizada para ser los encargados de controlar ¡y para ir armados!: el que recoge la papeleta estaba sentado junto al camino, pero el de la derecha, girado, se desentiende de la situación, mientras el del fondo

³¹ Esta relación entre orden público y salud era tan aceptada en su época que a Tomás Bertrán Soler le extrañó el anti-intervencionismo estatal británico, consecuencia de la aplicación radical de los principios del liberalismo e individualismo: "La sanidad, en el reino unido, es completamente nula. La salud pública confiada á los polismanes no tiene la menor relacion con la salud del cuerpo humano, y solo se remite á la limpieza de las calles, la remocion de obstáculos que obstruyan el paso, y la salud de los caballos. (...) En lo demás, cada uno campea como puede". En pág. 149 de *Los ingleses tales como son*. Valencia, 1858.

³² Los datos sobre esta epidemia de fiebre amarilla están tomados de Josep Lluís Barona Vilar y Carmen Barona Vilar: "L'epidèmia que mai va existir. València durant la febre groga del 1870", en nº 48 de *Saitabi*, 1998.

³³ Hasta Juan Bautista Peset creía en este "escudo microclimático". Se muestra confiado en que Valencia continuaría inmune, como había pasado en los anteriores brotes epidémicos españoles, al escribir un informe para tranquilizar a la población nada más conocerse los primeros casos de Barcelona titulado "Apuntes históricos sobre la fiebre amarilla".

³⁴ Vicente Ignacio Franco, en pág. 6 de *El carácter del genio valenciano*. Valencia, 1798.

³⁵ Obviamente primó en esta ley el interés comercial de permitir el libre tráfico de mercancías sobre el sanitario en una sociedad todavía expuesta a mortíferas epidemias.

³⁶ En "Campamentos contra la fiebre amarilla", de J. B. Peset, en *Boletín del Instituto Médico Valenciano*, nº 11.

³⁷ De hecho, era el propietario de un taller de litografía desde el cual se administraba la revista editada en Valencia el 6 de noviembre de 1870, en pleno ataque de la enfermedad que no conoció su último caso declarado hasta el día 15 del mismo mes. En las líneas de presentación, el periódico aspira a: "... paliar, si no curar, el estado de mal humor en que yacen nuestros paisanos". En este contexto, la palabra "humor" parece querer recuperar su antiguo sentido fisiológico.

³⁸ Otra hipótesis: ¿Era una de las señoras de las familias pudientes valencianas que se apresuraron a abandonar la ciudad al declararse la epidemia? Eso explicaría su afán por pasar desapercibida con la excusa de protegerse con la decorosa e innecesaria sombrilla del suave sol de noviembre. Véase la nota 25.



Fig. 2. Cordón sanitario por I. Rizo en Bertoldo.

camina inquieto. Sobre este esquema de la angustia y la desorientación el texto añade una situación grotesca:

—A ver caballero ¿tiene V. papeleta? [inquiere el encargado del control]

—Dios mio que apuro)... ¡Qué idea...) si señor, tome V. [responde el burgués]

—Está bien pase V.”

Pero lo que el personaje de la chistera ha entregado al pobre analfabeto en lugar de la cédula sanitaria es un papel en que se lee “Cuenta del sastre”. Un elemento de miseria a añadir a los ya aportados de desorden e ignorancia para que el caos social producido por la epidemia encuentre su macabra sátira en el dibujo. Junto a este aspecto público, legal y, en última instancia moral, de la epidemia, la ilustración ofrece también la vertiente fisiológica, anatómica, de la enfermedad. El hombre de levita y chistera está demacrado, su nariz congestionada y de su escualido cuerpo sobresale un abultado

vientre. Todos ellos son síntomas de los estados iniciales o latentes de este tífus icterode. Rizo añade esta caracterización del enfermo a la situación para conducirla al humor negro más fatalista: el personaje inspeccionado, en la ruina física y económica,³⁹ es un enfermo de fiebre amarilla quien, con toda seguridad, introducirá la enfermedad a través de él mismo o los alimentos de su cesta, en la ciudad. De nada habrá servido el cordón sanitario. Higiene física y moral vuelven a ser parte de la misma cuestión en esta macabra denuncia contra la ineficacia de las leyes y el progreso frente a una nueva epidemia. En contraposición al orden moral conducente a una resolución positiva de la enfermedad en la ilustración comentada anteriormente, se despliega en la litografía de *Bertoldo* todo un esquema del caos fisiológico individual creciendo hacia el caos moral público de una sociedad atizando palos de ciego a una enfermedad contra la que nada, o muy poco, puede hacer. Los esquemas gráficos quieren también funcionar como normas higiénicas para indicarnos lo correcto y lo incorrecto, lo saludable y lo mórbido.

³⁹ Lo decimos porque hay otro añadido grotesco a la situación: las cédulas sanitarias debían pagarse. Es posible que el patogénico personaje no hubiera podido ni siquiera comprarla.